

cian que no había remedio á su mal, que sus pulmones estaban consumidos, que sólo quedaba de ellos pequeña parte, y que cuando esta particilla quedase consumida, moriría María Rosa. Bástelos saber que se le administraron todos los Sacramentos hasta el santo Óleo, que estaba en manos de los sacerdotes, y que de un momento á otro se esperaba tener que amortaljarla: ya se tenía dispuesto todo lo necesario, y así que la campana tocaba á muertos, todos creíamos que era para María Rosa. En ese tiempo vino Antonio Gavetti: la niña y su madre concibieron gran confianza en Benito José y encomendáronse de todo corazón á su patrocinio: al parecer empezó á experimentar algún alivio, pero esa mejoría consistía en levantarse un poco de la cama, en permanecer breves momentos sentada, en dar algunos pasos por casa con apoyo de alguién; sin embargo, continuaba siempre enferma de la misma manera, y recuerdo que yo decía á su madre: «Se muere, no os hagais ilusiones.» porque estaba sofocada, consumida y tosía como antes. Finalmente, se quiso llevarla á Roma, lo que parecía imposible, porque estaba más muerta que viva, y todos decían: «La llevan á morir á Roma; no volverá á Mazzano:» la ví salir antes de su partida, estaba mala como de costumbre, y dije para mí: «¡Dios la bendiga!» Partieron por la mañana muy temprano, yo aún no me había levantado, y no la ví. Tres ó cuatro días despues regresó á Mazzano; pero ¿qué queréis que os diga? María Rosa estaba enteramente cambiada. Oí que todos decían que aquella volvía y que estaba curada: para mi consuelo y contento corrí á verla, y recuerdo que á causa de mi precipitación dí una caída. Otras personas salieron también á su encuentro: al verla quedámos estupefactos; caminaba libre y ligeramente, tenía todas sus fuerzas, bellos colores en el rostro, y hubiérase dicho que nunca había estado enferma, y advertid bien que no andaba por un camino trillado, sino por rápidas cuestas. Todos le hicimos buen recibimiento, todos nos regocijámos, y ella nos decía á todos: «¡Estoy curada, estoy curada!» Y era verdad, pues estaba buenísima, como antes de caer enferma, y cuando llegó á casa de su tía, le gritó desde la calle: «¡Tía, tía, estoy curada!» corriendo al mismo tiempo hacía la escalera para presentarse á su tía. La madre, la hija y todos los demás que estaban allí nos refrieron que el sirvo de Dios Benito José Labre había hecho un milagro, porque se había encomendado á él y

que había curado instantáneamente. Sgarzi y Angelucci la vieron también y quedarón estupefactos; muchas veces les oí decir que tal curación fué un milagro de este buen Santo: cuando María Rosa estaba enferma, ya decían que nadie podía curarla sino un santo. Esto es todo lo que sé, y puedo añadir que me consta porque era amiga de la madre y de María Rosa; iba yo á visitarla, la ví cuando estaba enferma, la volví á ver cuando curada, como acabo de decirlo, y desde entonces se conservó siempre buena, se casó, tuvo dos hijos y murió de parto.

Hace ahora trece años que sucedió este milagro; la enfermedad me parece que duró unos dos meses: recuerdo que cuando María Rosa estaba enferma se comían habas y curó á fines de mayo. Antes de enfermar era fuerte y robusta, blanca y rosada como una guinda, y se dedicaba á las faenas del campo. Me preguntais si antes de caer enferma tenía la respiración oprimida, y os respondo que no. Por lo que respecta á su enfermedad y sus malas consecuencias, no puedo explicarme mejor de lo que acabo de hacerlo. Me preguntais cuándo le fueron administrados los Sacramentos y cuánto tiempo antes de su partida para Roma, y os contesto: que sé que le fueron administrados los santos Sacramentos y que fué encomendada al auxilio de los sacerdotes; pero no recuerdo más y mucho menos puedo deciros la fecha.

ARTÍCULO V.

DISCUSION DEL PRIMER MILAGRO.

§ 1.— *Objeciones del Promotor de la fe.*

1. El año 1783, en el mes de marzo, María Rosa de Luca, jóven muy pobre de la ciudad de Mazzano, á los catorce ó quince años de edad fué atacada de sarampion epidémico. Efectivamente, el principio de su enfermedad nos lo refiere así Francisca de Luca su madre: «Voy á deciros cómo sucedió esto... La pobre niña tenía catorce ó quince años... Fué atacada de sarampion en el mes de marzo...» Dario Angelucci, médico que la visitaba, está de acuerdo con ella, y lo mismo los demás testigos hasta el último. No terminando el sarampion en una perfecta

crisis, la enfermedad degeneró sucesivamente en otras que presentaron los más graves síntomas. «Mas este sa-rampion, añade Francisca de Luca, no tuvo buen resul-tado; no curó y fué de mal en peor, siendo preciso llamar al médico y al cirujano... No sé decirlos qué mal era, sólo si puedo manifestaros que la infeliz niña permanecía siempre en cama, sofocada, tosiendo y con fiebre; el mé-dico y el cirujano decían que no había ya remedio y la desahuciaron.» Lo que esta pobre mujer, enteramente illiterata, no puede revelar, Dario Angelucci, médico de cabecera, lo explica en su opinion, diciendo que los hu-mores pecantes, no expulsados, habian sido rechazados hácia el pecho, que aparecieron en seguida bajo forma de vómica, luego de empiema, á la que se unió la tisis. Por eso, y no abrigándose esperanzas de salvacion y viéndose que la enfermedad aumentaba de dia en dia, María Rosa recibió en el mismo mes de marzo por ministerio del ar-chipreste Corneli, el socorro de los últimos Sacramentos.

2. Durante este tiempo llegó á Mazzano Antonio Ga-vetti, quien, con algunas imágenes del venerable Siervo de Dios, llevó la noticia de los milagros que el Allísimo, se decía, cumplia en su sepulcro de Roma. Laura Rosa de Luca lo refiere en los siguientes términos: «En este tiempo sucedió que vino á Mazzano un arriero, llamado Antonio Gavetti, que murió despues, afirmando que en Roma se hablaba mucho de un hombre que hacia gran-des milagros, que era un pobrecito, de nombre Benito José Labre, de quien traia algunas imágenes.» Cuando María Rosa oyó esto, excitada por la esperanza de reco-brar la salud, recurrió á este venerable Siervo de Dios. «Al momento (son palabras de la precedente testigo) la enferma comenzó á mejorar, aunque poco, continuando sin embargo el mal.» Mas para que sus palabras no indu-jesen á error, esta mujer sincera y franca se expresa como sigue: «Voy á decirlos cómo sucedió esta mejoría. Conviene que sepáis que en Mazzano hubo un terremoto, que aterrorizó á todos, y que cada cual huyó... La in-feliz niña, sobrecogida de temor, sin aliento, sentóse en la cama y quiso vestirse, como lo hizo en parte sola y en parte con ayuda ajena: la llevamos al campo, á Nuestra Señora de las Gracias, distante media milla de Mazzano... Vuelta á casa, la acostaron de nuevo, y los dias siguien-tes se levantó, aunque poco, cada dia.» Se ve, pues, que María Rosa fué una primera vez aliviada de los trabajos y dolores de su enfermedad.

3. Por lo demás, los otros testigos no dicen una pala-bra de este terremoto. Refieren únicamente que María Rosa, conmovida con la celebridad del venerable Siervo de Dios, empezó á pensar en Roma. Francisca, su madre, viendo la gravedad de la dolencia, y juzgando primero imposible el viaje, se expresó en estos términos: «Hija mía, te haré conducir allí; pero aguarda antes á encon-trarte un poco mejor; de otra suerte, ¿cómo quieres que lo haga para llevarte?» María Rosa persistía, obstinábase en decir que queria ir á Roma, y como su madre oponia las mismas dificultades, contestó que se haria poner en un cesto del arriero Antonio Gavetti. Finalmente, acce-diendo á sus reiteradas súplicas, fué conducida á Roma en un jumento. «Fué puesta (así habla la madre) en equi-librio lo mejor posible en un jumento, porque no podia montar sola, y aún fué preciso que alguno de nosotros la sostuviere, y á cada momento habia que darle de beber, porque se quejaba sin cesar de que padecia ardorosa sed.»

4. Lo que hemos referido hasta aqui parece á primera vista verdaderamente extraordinario; pero prosigamos y examinemos atentamente lo que seguirá luego. Habiendo vencido las dificultades del viaje, María Rosa llega á Roma, segun se dice, bajo el peso de los mismos síntomas de la enfermedad, más agravados. Allí es recibida por Antonio Gavetti y los suyos en su casa: habitaba esa parte de la ciudad llamada los Campitelli, junto á la calle ó plaza del mismo nombre. La primera noche, dice Elena Mari-ani, una de las compañeras de María Rosa, «la infeliz niña se encontró bastante mala y no hizo sino quejarse.» Sin embargo, á la mañana tiene fuerzas suficientes para sub-ir, sostenida por dos mujeres, la pendiente del Capito-lio, entrar en el templo de la Virgen Madre de Dios, *in Ara celi*, asistir al santo Sacrificio é ir por fin al sepulcro del venerable Siervo de Dios en la iglesia consagrada bajo la advocacion de Santa María de los Montes. En ella se hicieron oraciones, como lo atestigua la misma Elena Mariani. «Pero no se verificó el milagro, si bien parecia que (María Rosa) estaba un tantico mejor.» Vuelta á casa la noche siguiente «barbotaba y lamentábase, pero no tanto como la primera noche.» Cuando apuntó el dia, se dirigió por el mismo camino hácia el sepulcro del venera-ble varon, y regresando en seguida á casa, contestó á las preguntas «que se sentia algo mejor.» Empero Gaspar Man-cini dice que no tenia aliento y *era preciso sentarla.* » Por

último la tercera noche, sintiendo repentinamente vivo dolor en el pecho, despierta con fuertes gritos á su madre, quien, falta de humano auxilio, se deshace en oraciones ante el venerable Benito José, y aplica su imagen á la doliente niña. Así sucedió, se dice, que María Rosa descansó tranquilamente, y que al despertar por la mañana se reconoció perfectamente curada.

5. De estos hechos contenidos en el sumario, los patronos de la causa creen poder concluir que, por intercesión del venerable Siervo de Dios, María Rosa fué instantáneamente restituida de una tisis pulmonar confirmada á su antiguo estado de salud. A la verdad yo desearia que la cosa fuese así; pero harlo veo que la cuestion no está tan clara como eso y que suscita no pocas dificultades. Por mi parte, en las objeciones que de oficio estoy encargado para oponer, no me desviaré un ápice de la regla que el inmortal pontífice Benedicto XIV nos trazó con tanta sabiduría respecto á esta clase de causas.

6. Primeramente, estudiemos con cuidado y pesemos con madurez la doctrina que formula Benedicto XIV (*De la beatificación de los Siervos de Dios y de la canonización de los Bienaventurados*, lib. IV, part. 1, c. 8, § 2), pues este es el fundamento de toda la informacion. «Para que la curacion de males y enfermedades (dice el glorioso Pontífice) sea contada entre los milagros, deben concurrir varias condiciones: primera, que la enfermedad sea grave, imposible ó difícil de curar; segunda, que la enfermedad desaparecida no estuviese en su último período ó fase, muy próxima á declinar; tercera, que no se haya empleado ningun medicamento, ó en caso de haberlo administrado, que haya quedado sin efecto útil; cuarta, que la curacion haya sido súbita ó instantánea; quinta, que la curacion sea perfecta, entera y total; sexta, que no haya habido ninguna evacuacion notable, ninguna crisis sobrevenida en tiempo oportuno, por una causa conocida, pues en tal caso la curacion no es considerada milagrosa, sino que será natural en todo ó en parte; la última condicion es que la enfermedad curada no vuelva á aparecer.» De consiguiente, para que se admita la curacion de María Rosa como verdadero milagro, es preciso que se cumplan en ella todas esas condiciones requeridas. Y ¿qué decir si la gravedad del mal no es evidente? ¿si no puede probarse la dificultad de una curacion por los medios naturales? ¿si manifestamente la enferma ha

vuelto por grados, y no instantáneamente, á su estado primitivo de salud? Pues bien, si continuamos algunos instantes atentamente semejante informacion, encontraremos, así respecto á la enfermedad como á la curacion, razones que quitarán al caso actual toda apariencia de milagro.

7. Respecto á la enfermedad, no hay por que juzgarla tan grave como se afirma, y aun admitiendo hasta cierto punto su gravedad, no era ciertamente ni imposible ni difícil de curar. Desde luego el médico Dario Angelucci se engañó grandemente al determinar la enfermedad principal de María Rosa, y hasta el defensor de la causa se ha separado de su opinion. Os suplico que escuchéis cómo define el carácter, la naturaleza y la evolucion de la enfermedad: «Respecto á la duracion (de unos dos meses, de la enfermedad de María Rosa) *distingo* cinco estados, ó cinco períodos de la enfermedad, sucediéndose uno á otro, y producidos el uno por el otro. Al principio la enfermedad solo fué el sarampion epidémico; á éste sucedió el ataque ó la inflamacion de pecho; á la inflamacion la ulceracion del pulmon ó la vómica; á la vómica el empiema; al empiema la tisis, caso que no se confunda la tisis y el empiema.» En otro lugar se explica más claramente, diciendo: «En el año 1783, precisamente en el mes de marzo, la expresada jóven, que á la sazón contaria unos catorce años de edad, fué atacada de la fiebre morbosa vulgarmente llamada sarampion. Se administraron todos los remedios convenientes, comunmente empleados, pero la enfermedad no siguió su curso acostumbrado, y, faltando la crisis deseada, degeneró en otra; pues el humor maligno no expulsado ocasionó una violenta inflamacion de pecho; la sangre contaminada, quedando estancada en la cavidad del pecho, ocasionó una vómica de los pulmones, que cambió en seguida en un empiema incurable.»

8. Despues, á fin de establecer la existencia del empiema y poder insinuar la gravedad del mal, el médico acumula los argumentos, invocando hasta la doctrina de Hipócrates. Dice, en efecto, «que la enfermedad de María Rosa en su cuarto período fué un empiema, y que al empiema se añadió la tisis, que podemos llamar el último período de la enfermedad: esto es lo que resulta de las señales y pruebas que he enumerado más arriba, las que al mismo tiempo que me determinaron á juzgar

sobre el carácter y la naturaleza del mal, me hicieron pronosticar que la curación era imposible.» ¿Cuáles son, finalmente, estos síntomas recordados por él y estas pruebas? Los síntomas los ha enumerado ya con bastante extensión, pero la prueba principal la toma de la autoridad: «Acercá la segunda forma de la enfermedad, es decir, la inflamación, enfermedad peligrosísima, creí sin embargo que podría seguir su curso en el período acostumbrado; pero como no fué así, y por el contrario el mal se fijó en los pulmones, formáronse en él tubérculos; éstos aglomerados produjeron la vómica, y juzgué el mal no solo peligroso, sino también de difficilísima curación. Entonces fué cuando cambié de parecer; la poca esperanza que hasta aquel momento había abrigado, se desvaneció, y me pareció enteramente imposible curar la dolencia. Apoyado en las enseñanzas de nuestros maestros y en lo aprendido diariamente por propia experiencia, admito que la vómica mata con mucha frecuencia por sí sola, si bien algunas veces se repurga, mientras que el empiema nunca se cura.»

9. Esto es ciertamente muy bello, pero no tan verdadero. ¿Qué decir en efecto si, según Hipócrates, cuya autoridad nuestro médico tanto ensalza, se llega á demostrar que nunca tuvo María Rosa verdadero empiema? ¿Qué decir si con irrefragables pruebas se demuestra plenamente que hay error en el juicio que pronunció el mismo médico acerca la enfermedad de María Rosa? Pero esta demostración no es necesaria, toda vez que hasta el defensor de la causa está de acuerdo con nosotros acerca este punto capital. Veamos, pues, cuál pudo ser la enfermedad de la jóven. Puesto que, por confesión de Dario Anagninucci, es cierto y probado que del sarampion epidémico nació una pleuresía (1), no carecerá de interés examinar lo que enseña Hipócrates en esta hipótesis. Su doctrina acerca este punto está comprendida en tres puntos. En efecto, dice primero (sect. V, afor. 8): «En los pleuréticos que no son purgados por arriba en los catorce días, la enfermedad pasa á la supuración.» Luego (afor. 15): «Los que tienen una supuración procedente de pleuresía, si al cabo de cuarenta días á partir de la ruptura de la vómica, son purgados por arriba, curan; de lo contrario

(1) En Hipócrates la palabra pleuresía significa igualmente ora pneumonia, peripneumonia ó inflamación del pulmón, ora pleuresía ó inflamación de la pleura.

pasan á la tisis.» Finalmente (*Pronost.* l. II, prog. 37), «atestigua que las vómicas se rompen unas al octavo día, otras al trigésimo, otras al cuadragésimo, y algunas únicamente hasta el sexagésimo.» Estando las cosas así preestablecidas, me parece cierto, á menos que se relegue la doctrina de Hipócrates entre las fábulas de viejas, que María Rosa sólo sufrió una vómica, y que esta vómica alcanzó su último período, y se abrió en el tiempo á que se refiere la curación de la enferma.

10. Efectivamente, puesto que todos los testigos, con asentimiento unánime, fijan en el mes de marzo la invasión de la viruela epidémica en María Rosa, descontando el espacio de tiempo que la enferma tuvo que estar bajo la acción de este primer ataque del mal, el principio de la pleuresía debe necesariamente referirse á mitad de marzo; y si, partiendo de este momento, se cuentan los catorce días que dice Hipócrates antes del nacimiento de la supuración, llegamos al fin de este mismo mes. Esta es la época en que, no habiendo sido repurgados los humores, se formaría poco á poco la vómica; y por pronto que se rompiera, siguiendo la doctrina de Hipócrates su ruptura nos conduce al 20 de abril por lo menos. Ahora bien, según la autoridad del mismo Hipócrates, «los que tienen una supuración procedente de pleuresía, si la ruptura de la vómica tiene lugar en cuarenta días, son repurgados; de lo contrario, pasan á la tisis.» Paréceme, pues, que para que la curación de María Rosa sea ó no natural, es preciso contar veinte días á partir desde el 20 de abril. Este cálculo nos conduce á fin de mayo, exactamente al tiempo á que se refiere la curación de la enferma. No era, pues, llegado el tiempo en que debía nacer la tisis ó la tisis confirmada, siguiéndose de ahí que de ninguna manera puede afirmarse su existencia; muy al contrario, la enfermedad había llegado al tiempo en que el esfuerzo de la naturaleza debía por sí misma hacerla desaparecer.

11. Y realmente, se hace manifiesto por este cálculo que María Rosa recobró la salud al fin de los cuarenta días en que, según Hipócrates, los supurados que *han sido repurgados quedan sanos*; por lo tanto la vómica estaba en su período extremo en que había de cesar por la propia acción de la naturaleza. La doctrina de Benedicto XIV nos fuerza, pues, á no considerar esta curación como un milagro, y nos obliga á atribuir la directamente á la naturaleza. A este propósito oíd lo que dice Zacchias (*Quest.*

med. leg. l. IV, t. I, qu. 8, n.º 6): «Se requiere principalmente que la enfermedad no esté en su último período, de suerte que deba en breve declinar naturalmente, ó que la enfermedad no esté próxima á su crisis, pues en este momento, como resulta de la opinion de Hipócrates (*afor.* sect. II. afor. 30), todos los síntomas aumentan hasta el punto de que en los enfermos la vida está en peligro; mas llegada la crisis, se verifica un cambio súbito, inesperado y saludable que, no obstante, parece milagroso á los ojos del vulgo. Cuando, pues, los enfermos llegan á tal estado, recurren gustosos á los remedios sobrenaturales: muchos de ellos hacen votos á Dios y á los Santos, y una vez vencida la enfermedad, consideran esto como un milagro, sobre todo cuando la salud inesperada se obtiene en brevísimo espacio de tiempo, siendo así que la enfermedad naturalmente había de perder su gravedad y ceder.» Nada se adapta mejor á nuestro propósito. Este hombre importante parece describe en este pasaje casi punto por punto el estado de María Rosa al fin del mes de mayo, esto es, cuando, oprimida por la violencia de los humores peccantes, y recurriendo á la intercesion del venerable Siervo de Dios, obtuvo luego la salud: en presencia de este hecho tan favorable y feliz para ella, exclamó al momento: ¡Milagro! sin parar atencion en que durante cuarenta dias tuvo una evacuacion enteramente natural.

12. Si los defensores de la causa nos preguntan por qué afirmamos la existencia de esta evacuacion, les diremos que atendan á que desde el principio no faltó á María Rosa la purgacion por arriba. El médico Angelucci lo certifica cuando, entre los otros síntomas de la enfermedad, nombra la *expectoracion purulenta*. Francisca de Luca, madre de la enferma, lo testifica tambien: «La pobre niña escupia materias sucias y asquerosas.» Finalmente, otros lo atestiguan en diferentes lugares. Tampoco faltaron, por confesion propia del médico, la *diarrea*, el *sudor*, etc. ¿Qué extraño tiene, pues, que habiendo sido expulsados los humores por expectoraciones diarias, ó por la orina, ó por el sudor, ó por el flujo de vientre, ó por todas estas vias juntamente, se siguiese de ello la curacion?

13. Y ¿qué decir si se demuestra que por remedios oportunos el médico de cabecera ayudó los esfuerzos de la naturaleza? En los casos en que fuese aplicable, Benedicto XIV estableció por regla (lib. VI, p. 1, c. VIII, § 8)

que, en el juicio que haya de emitirse acerca la curacion, no se la debe atribuir á un milagro, sino á las fuerzas de los medicamentos, en el bien entendido que hayan sido apropiados y con poder de obrar bien. Ahora bien, Angelucci dice: «Mientras el mal fué agudo empleáronse los remedios propios para contener el progreso de la inflamacion, y cuando degeneró en vómica, no recuerdo ahora qué medios se usaron, pero fueron ciertamente en relacion con el mal, y tales como pudiera permitirlo la pobreza del lugar y de la familia.» Y para que nada nos deje que desear, al olvido del médico suple abundantemente Francisca de Luca, madre de la enferma, diciendo: «Una vez la sangraron, al principio de la enfermedad; luego se le ordenaron refrescos tales como miga de pan con leche, ó leche para beber mezclada con agua, lo que se continuó en lo sucesivo.» El médico, pues, ayudaba la purgacion y la curacion por un remedio muy activo, aunque no puede determinarse con certeza si fué Dario Angelucci, médico de cabecera, ó el cirujano Jaime Sgarzi quien aconsejó tal remedio. Por lo demás, como el médico no iba á Mazzano sino una ó dos veces la semana, y resulta de la informacion que el cirujano visitaba cada dia más de una vez á la enferma, es probabilísimo que el remedio fuese empleado por recomendacion y consejo de Jaime Sgarzi. Resulta, pues, del hecho mismo, que tanto el médico como el cirujano ordenaron á la enferma otros medicamentos oportunos y eficaces para apresurar la purgacion. De esto, sin embargo, no se dice una palabra en el proceso, porque Jaime Sgarzi, impedido por la muerte, no ha podido ser sometido á interrogatorio, y el médico no recuerda el hecho.

14. Ahora bien, esto suscita una nueva dificultad. En efecto, toda vez que es cierto que se emplearon medicamentos, es preciso que los defensores en la causa prueben su inutilidad y su completa ineficacia. Con motivo de la cuestion suscitada sobre este punto, dijo Benedicto XIV (lib. IV, p. 1, c. VIII, § 7): «Es preciso que sepamos cuáles fueron esos medicamentos aplicados: si nada consta acerca de ellos, y el médico de cabecera no se enumera en su interrogatorio, es enteramente inútil el trabajo de los médicos llamados por la sagrada Congregacion para emitir dictámen.» Más adelante el prudentísimo Pontífice confirma la regla con un ejemplo tomado de la causa de beatificacion de san Juan Francisco Regis: como objeccion

contra cierto milagro contestado, desempeñando el mismo Benedicto XIV las funciones de promotor de la fe, opuso que estaba atestiguada la aplicación de remedios, pero que se ignoraba cuáles se habían empleado. Esto fue bastante para que el milagro no fuese aprobado, y eso con perfectísimo derecho, porque no habiendo podido someterse a interrogatorio al cirujano, ignorábase si la curación debía atribuirse á los méritos del Siervo de Dios ó al poder de los remedios.

15. Además de la expectoración del pus se ha enumerado, entre los síntomas de la enfermedad, el flujo de vientre. Pues bien, ¿quién negará que este esfuerzo de la naturaleza pudo contribuir mucho á la expulsión de la materia mórbida? Ocasión es esta de recordar las importantes experiencias referidas por Burnet y Thonero, médicos de primer órden. Tomás Burnet cuenta (*Tesor. méd. práct.* lib. V, sect. iv, *De empyematibus purgatione*) «que el célebre Baubin le escribió recientemente haber observado junto á la embocadura del ventrículo izquierdo del corazón una ramificación particular y notable, que partiendo de la arteria venosa, sube encima del pulmón izquierdo, se refleja en seguida, acompaña el tronco descendiendo de la grande arteria y se implanta sobre él debajo del diafragma: por este motivo (Baubin no vacila en creerlo) la vómica de los pulmones puede ser vaciada en las orinas ó el flujo de vientre en aquellos que le escapan y curan.» Agustín Thonero certifica haber observado lo mismo (*obsero. méd.* lib. III, obs. v, *De empyematibus purgatione*): «Me he propuesto brevemente hacer saber que he encontrado en anatomía, entre otras cosas, junto á la embocadura del ventrículo izquierdo, una ramificación notable que, partiendo de la arteria venosa, sube encima del pulmón izquierdo, se refleja luego, acompaña el tronco descendiendo de la grande arteria, y se implanta en él debajo del diafragma: por ella se derrama la vómica de los pulmones en las orinas y el flujo de vientre: á mí por lo menos no me cabe de ello la menor duda.»

16. Entendidas así las cosas, resumirémos en breves palabras nuestra argumentación. María Rosa no padeció en realidad sino la vómica, y nunca la tisis propiamente dicha ó confirmada: la vómica se resolvió en el tiempo fijado, en el espacio efectivamente de cuarenta días, al fin de cuyo tiempo curó la enferma despues de la expulsión de los humores, debida á los esfuerzos de la natura-

leza y á la acción de los medicamentos, entrando entonces la vómica en su último período. La enfermedad cedió, pues, naturalmente, y no hay en esto á la verdad milagro alguno.

17. Esta consecuencia se hará más evidente si consideramos con atención lo que precedió, acompañó y siguió la curación. Lo que la precedió se puede leer en diferentes lugares del proceso, sobre todo en el mismo sumario. Laura de Luca refiere que despues del regreso de Antonio Gavetti á Mazzano hubo un terremoto, y que los habitantes aterrORIZADOS por el fenómeno huyeron al campo, añadiendo luego: «La infeliz, sobrecogida de temor, se levantó oprimida en su cama; quiso vestirse y lo hizo, en parte por sí misma y en parte con ayuda ajena. La llevamos al campo, á Nuestra Señora de las Gracias, distante media milla de Mazzano... de vuelta á casa, la metieron de nuevo en cama, y los días sucesivos se levantó siquiera un poco cada día. Quisimos saber si conseguiríamos hacerla andar un poco, y la estimulámos á que se pusiese en movimiento... Finalmente trató de hacerlo, y apoyada en un palo empezó á andar algunos pasos por el aposento y volvía á sentarse en seguida... áun algunas veces, sin aliento, andaba algunos pasos sosteniéndose únicamente en el palo, sin que nosotros la apoyásemos.» Para no ser difuso en demasía, no me detendré en si este cambio súbito en la enferma debe atribuirse á la acción del terremoto, lo que no es imposible ni difícil de demostrar. Bástase una cosa, que no me pueden negar los defensores de la causa, y es que despues del terremoto María Rosa, que hacia dos meses que segun se dice, padecía una enfermedad gravísima y habia recibido los últimos Sacramentos, tenia bastantes fuerzas para andar por casa sin apoyo. De tales hechos, pues, se puede legítimamente inferir que antes de emprender su viaje, la enferma se encontraba en una condición ya plenamente mejorada.

18. Francisca Maggiore está de acuerdo con Laura Rosa de Luca: «En este tiempo vino Antonio Gavetti, y la jóven comenzaba á encontrarse algo mejor: la mejoría consistía en que se levantaba un poco de la cama, sentábase algunos momentos, y apoyándose andaba un poquito por casa.» De consiguiente, aunque á la sazón no estuviese perfectamente curada, encontrábase mejor. Y esto puede comprenderse del hecho de que cesó la asistencia

del Cura, no queriendo decir, sin embargo, que María Rosa había escapado del peligro de muerte, conforme sinceramente confiesa la misma Laura de Luca. «Se me pregunta cuánto tiempo antes de nuestra partida para Roma cesó de recurrirse á la asistencia (de los sacerdotes); contesto que no lo recuerdo precisamente; fué, sin embargo, algunos días antes... Se me pregunta por qué los sacerdotes cesaron de asistirle: contesto, porque parecía no haber peligro próximo de muerte. Se me pregunta si después de haber suspendido la asistencia de los sacerdotes y que la enferma experimentase alguna mejoría, hubo esperanza de curación para María Rosa: contesto que toda la mejoría consistió en lo que llevo dicho.» En la fecha, pues, en que aconteció el terremoto, la enfermedad de María Rosa había ya empezado á declinar, con lo que se explica muy bien cómo pudo emprender el viaje á Roma, sin necesidad de decir con el médico: «En mi opinión, el hecho mismo de haber podido ponerse en camino una enferma tan grave como María Rosa, era para mí su principio de milagro.»

19. Para ilustrar esto más y más, pesemos un instante las circunstancias del viaje que María Rosa emprendió á fin de mayo. Primero venimos en conocimiento, por Francisca de Luca, con quien concuerdan los demás testigos, que la enferma vino de Mazzano á Roma sentada en un asno. «Viendo que tenía tanta fe (son palabras de la expresada testigo), quise satisfacerla, y aunque la infeliz niña estuviese tan enferma, tan sin aliento y arrojase esputos muy asquerosos, me decidí á fin de mayo á llevarla á Roma: fué colocada con el mayor equilibrio posible, en medio, en un jumentillo, pues no podía subir sola, y aun fué preciso que alguno de nosotros la sostuviere.» Además, sabemos por el mismo Sumario que María Rosa permaneció tres días en Roma, y que en este intervalo fué á pié dos veces desde el barrio Campitelli, lugar de su albergue, hasta la Iglesia de la bienaventurada Virgen María de los Montes. Francisca de Luca dice, en efecto: «Á la mañana nos levantáramos, fuimos á la iglesia de Ara-Caeli, donde hicimos nuestras devociones, pero María Rosa no las hizo, porque había bebido toda la noche y no podía estar sin beber. No podía andar sola, y era preciso que la sostuviésemos por los brazos; yo por un lado, y Laura Rosa, su prima hermana, por otro. Desde la iglesia de Ara-Caeli fuimos á la de Nuestra Señora de los Montes

para visitar el sepulcro de Benito José, y llevámos á mi hija del mismo modo, sosteniéndonla por uno y otro lado.» Y más adelante: «Permanecimos tres días en Roma, y antes de curar mi hija fuimos á visitar el sepulcro de Benito José dos veces en dos días.» Elena Mariani dice á su vez: «Llegado el día, fuimos á hacer nuestras devociones; si la jóven las hizo no lo recuerdo, como tampoco si nos dirigimos primero al Ara-Caeli ó á Nuestra Señora de los Montes; pero, aguardad, ahora me acuerdo que confesámos en Ara-Caeli, y luego hicimos celebrar una misa y comulgámos en Nuestra Señora de los Montes. Por las calles llevámos á la infeliz jóven con mucho trabajo, porque no podía sostenerse y era preciso ayudarla... El día siguiente volvimos á Benito José...» Gaspar Mancini refiere lo mismo. Finalmente, extractamos del mismo Sumario, que en su primera visita, al sepulcro del venerable Siervo de Dios comió cerezas y guisantes: Francisca de Luca dice, en efecto: «La hice sentar en los escalones, y para que se humedeciese un poco la boca le dí algunas cerezas y guisantes. Cuando hubo tomado descanso y refrescado, la volví á la iglesia.»

20. Ahora bien, todos estos hechos se concuerdan perfectamente si sólo se admite la vénica y si se añade que estaba á la sazón en su periodo de descenso. Cuando María Rosa vino á Roma, la violencia de su enfermedad había disminuido sin duda alguna; de lo contrario, ¿cómo sería posible que hiciese un viaje de veinte y cinco millas? Adviértase que no fué transportada en carro ni en litera, sino en un jumento. ¿Admitiremos que esta niña que, al decir del médico, había de morir en el camino, pudiese soportar durante veinte y cinco millas el movimiento del asno, lo que apenas es posible á gentes enteramente sanas? Mas os suplico no olvidéis que el médico de cabecera juzgó equivocadamente que la verdadera enfermedad de María Rosa era el empiema. Además, si sufría de tan grave mal, ¿por qué su madre le daba á comer cerezas y guisantes? Direis que obró por ignorancia. Pero ¿cómo admitir ignorancia en una mujer que, durante casi dos meses, observando la prescripción de los médicos, no alimentó á la enferma sino con leche pura ó mezclada con agua? No, no obró por ignorancia; digámos más bien que desde algunos días veía disminuir la violencia de la enfermedad. Así se comprende que María Rosa, partiendo del barrio Campitelli, pudiese hacer la ascension del Capitolio, ir al

templo de la bienaventurada Virgen María *in Ara-Caeli*, asistir en él al santo Sacrificio, al salir dirigirse á pie á la iglesia de Santa María de los Montes, y allí permanecer largo rato junto al sepulcro del venerable Siervo de Dios. Se dirá tal vez: María Rosa, haciendo este esfuerzo, no dejó de padecer muchos dolores, y no hizo este camino sino apoyada en el brazo de dos mujeres. Esto es exactísimo, pero ¿qué nos importa? pues nosotros no pretendemos que estuviesen expulsadas todas las reliquias de la enfermedad; negamos únicamente que ésta persistiese aún en su fuerza integral.

21. Y no solamente lo negamos, sino que emprendemos demostrar que, admitida la evolución natural de la enfermedad, María Rosa recobró como por grados sus fuerzas y la salud. Entre los innumerables testigos que pudiera invocarse aquí, bastará un reducido número. Véase lo que refiere Gaspar Mancini: «Algun tiempo despues salimos de la iglesia; mi esposa y yo fuimos á otra parte, y Francisca con María Rosa y los demás volvieron á los Campitelli; pero la jóven continuaba mala, si bien decia que se encontraba algo mejor, y por la tarde, cuando volví acompañando á mi mujer, para irme á Ara-Caeli, le pregunté cómo se encontraba, y me contestó que se sentía un poquito mejor, pero estaba en cama y sin aliento. El día siguiente volvimos á Nuestra Señora de los Montes, donde permanecemos un rato, y al salir María Rosa dijo que se sentía un tantico mejor; pero estaba sofocada y era preciso sostenerla.» Elena Mariani refiere así el caso: «Llegamos á Nuestra Señora de los Montes, y nos encomendamos á Benito José; orámos juntos á su tumba, y la pobre niña se encomendó á él con gran fervor. Sin embargo, parecía que estaba un tantico mejor. La volvimos á casa, y durante la noche se agitó y quejóse, aunque no tanto como la precedente. El siguiente día volvimos á Benito José: la jóven estaba débil y oprimida, pero siquiera poco, algo mejor que el primer día.» A estos testigos puede añadirse Francisca de Luca, madre de la curada, cuyas palabras confirman este mismo juicio.

22. No hay, pues, lugar á duda: María Rosa curó pasito á paso. Oigo que se me objeta que esto más bien debe atribuirse al venerable Siervo de Dios, ante quien la enferma hizo tan fervorosas oraciones. Suscribiria gustoso á esto si no tuviese á la vista las deposiciones ya referidas de Laura Rosa de Luca y de Francisca Maggioli,

de las que resulta que ya en la época del terremoto experimentó María Rosa alguna mejoría en su estado, siguiéndose necesariamente de ello que es preciso entender en el sentido de una remitiencia natural de la enfermedad las palabras de Elena Mariani, de Gaspar de Mancini y de Francisca de Luca. Así como fué señal de entrar en convalecencia el que María Rosa se levantase del lecho, se vistiese, pudiese refugiarse en la capilla de la bienaventurada Virgen María, distante unos quinientos pasos de Manzano, se pasease por casa, etc., puede estimarse también como signo de progreso de la convalecencia el que viniese á Roma, y que desde la cumbre del Capitolio pudiese ir al sepulcro del venerable Siervo de Dios.

23. No encontramos más favorable para los defensores de la causa lo que refiere Laura de Luca: «Sucedió entonces que vino á Mazzano un arriero llamado Antonio Gavetti, actualmente difunto, y nos dió la noticia de que en Roma se habia revelado un nuevo santo, que hacia multitud de milagros, que este santo era un pobrecito llamado Benito José Labre, de quien traia algunas imágenes. Oyendo esto, recurrimos en seguida á él, y pensamos que Benito José podia hacer un milagro en María Rosa. La enferma, la madre, yo y los demás cobramos esperanza; hicimos que Gavetti nos diera una de sus imágenes, la aplicámos con fervor á la enferma, y se la recomendamos, suplicándole que la curase.» Como se ve, pues, la misma testigo hace empezar la curacion, no de la aplicacion de la imagen del venerable Siervo de Dios, sino, con razón ó sin ella poco importa, únicamente del terremoto: «Os diré cómo tuvo lugar la mejoría. Es preciso que sepais que hubo en Mazzano un terremoto, etc.»

24. Además, si realmente á los auxilios de la gracia de Dios y á la intercesion del venerable Benito José, cuya imagen fué entonces aplicada á María Rosa, quieren atribuir nuestros adversarios estos primeros indicios de la convalecencia, ¿cómo podia sostenerse, pregunto, la instantaneidad del pretendido milagro? pues Benedicto XIV afirma (lib. IV, p. 1, c. viii, § 15), «que si no es exigible la instantaneidad en los milagros del primero y del segundo género, es de todo punto necesario en los milagros del tercero, esto es en la mayor parte de las curaciones de enfermedades.» Esta distincion está no solamente sostenida por eminentísimos doctores, como el cardenal de Laurea (1) y otros, sino que además, como lo hace notar

(1) In § lib. Sent. t. IV, disp. 20, art. 20, n.º 887 et seq. Matteucci (Prat.

Benedicto XIV (*loc. cit.* § 16), es aceptada por la sagrada Congregación romana cuando se trata de milagros y especialmente de curaciones, y esto con tanto rigor, que á veces se ha abstenido de contar entre los milagros algunas curaciones en las que «los médicos ó testigos afirmaban que el enfermo había comenzado á encontrarse mejor despues de la invocacion del Siervo de Dios ó del Bien-aventurado, y que en seguida recobraron perfecta salud.» Ahora bien, María Rosa empezó á experimentar mejoría cuando Antonio Gavetti, de regreso en su patria, dió la noticia de la muerte del venerable Siervo de Dios, pero en este momento no obtuvo su curacion integral. De consiguiente, aun cuando los adversarios lograsen refutar (lo que parece casi imposible) todos los argumentos por los que hemos demostrado que el hecho expuesto no excede las fuerzas de la naturaleza, no conseguirian triunfar, por defecto de la instantaneidad.

25. Y esto tanto más cuanto el nunca bastante alabado Benedicto XIV, despues de haber (*loc. cit.*) reproducido las fórmulas á veces empleadas por los soberanos Pontífices en las bulas de canonizacion, añade en seguida: «Cuando se haya omitido indicar si las curaciones referidas en las sobredichas bulas eran milagros de tercero ó de segundo grado, y que el decreto de canonizacion ha sido apoyado en ella, el alcance de este hecho será que, si el médico de cabecera y los testigos se han expresado así, que si las sanciones pedidas han sido así formuladas por los postuladores para obtener la beatificacion y la canonizacion, tales curaciones, por defecto de instantaneidad, no pueden ser puestas en el número de los milagros, á menos que se pruebe que el milagro es del segundo y no del tercer género, ó que resulte de todo el contexto que el término de mejoría no ha sido empleado por el médico y los testigos sino en lugar de curacion perfecta y súbita.» Esperamos, pues, que los adversarios renunciarán á una ú otra de sus pretensiones. Por lo demás, concederemos gustosos que la curacion afirmada presenta el carácter y la naturaleza de una gracia, si bien habrá que emitir tal vez sobre ella el mismo juicio que creyó deber pronunciar José Ruggieri acerca ciertos milagros del venerable Siervo de Dios: «Respecto á los milagros, me parece por una parte que ninguno está probado; pero creo

Theol. Can. ad Causas Beatif. et Canoniz. tit. III, c. 2, § 1 et seq. Contistorius (*De canoniz. Sanctorum*, cap. XVII, n.º 9. § Sed ego distinguebam).

por otra que entre tantos hechos supuestos prodigiosos hay algunos que deben contarse entre las gracias.» Así lo exigen el contexto entero y la autoridad de Benedicto XIV, cuando dice (*loc. cit.* n.º 16): «Esta manera de hablar excluye la curacion súbita y así parece significar más bien una gracia.»

26. Lo que se lee en el Sumario, acerca el dolor que sufrió María Rosa la tercera noche, no viene del todo á probar la instantaneidad de la curacion, pues primeramente de cuanto hemos establecido, y sin contraversia posible, se sigue que María Rosa fué curada por grados; y en segundo lugar, como ninguno de los testigos nos proporciona datos acerca el carácter y la cualidad de este dolor, se puede justamente sospechar que fué, por ejemplo *intercostal* y del todo extraño á la dolencia. El médico lo previó muy bien, y á fin de evitar el escollo, añade: «A mi parecer, semejante dolor no podia producir nada bueno, ni era capaz de promover una resolusion. El pus no podia ser eliminado, ni los órganos corrompidos consolidados, á no ser que se quisiera recurrir á algunos de esos ejemplos extraordinarios (que hay autores refieren haber observado) de personas curadas de una enfermedad de pecho creida incurable por un flujo de orina prolongado.»

27. Sea como fuere, no dejemos pasar sin notarlo el argumento bastante serio que nos ofrece el testimonio del médico. Si es cierto, como efectivamente lo es, que existen muchos ejemplos, aunque anormales, de empiémicos verdaderamente curados por la evacuacion de humores, sea en el sillico, sea en un flujo urinario abundante, ¿qué deberá decirse en el caso actual, en que seguramente la vómica de María Rosa no llegó hasta la produccion del empiema, hasta el desgarro del tegumento exterior que tapiza los pulmones y la efusion del pus en la cavidad torácica, que no invadió bastante tiempo los pulmones para dar nacimiento á la tisis ó tisis confirmada? De cualquier modo que se considere la enfermedad, nótese bien, lo pido con Benedicto XIV (lib. IV, p. 1, c. VIII, § 27), que la naturaleza, segun Galeno, puede producir la curacion de tres maneras: por decubito, por crisis, por simple resolusion de la enfermedad ó coccion. Verdaderamente es incierto si sobrevino ó no en María Rosa una crisis saludable; pues Dario Angelucci, á esta pregunta: «Despues de la curacion ó contemporánea con

ella, ¿intervino una crisis saludable, que explique la curacion? contestó: «No hubo crisis, por lo menos así me lo refirió la madre de la joven curada, interrogada por mí acerca este punto, y las demás personas que la acompañaban.» No se podría, por lo menos, dudar que la terminacion fué posible por el descanso del lecho y la simple resolución de la enfermedad.

28. Que en María Rosa sucedió que el humor pecante pasó de un órgano noble á otro inferior, lo insinúa bastante lo que refiere Francisca de Luca: «Algun tiempo antes de venir á Roma se le hincharon los piés, y los tuvo así los dos días que permaneció en Roma, antes de que aconteciese el milagro: lo sé porque al vestirla le calzaba los zapatos, puesto que no podía hacerlo por sí sola. La hinchazon le llegaba casi hasta la mitad de la pierna.» Además, todo induce á creer que intervino una simple resolución de la enfermedad, una coccion, puesto que se ha podido atestiguar de una manera cierta su aumento, su estado adulto y su declinacion. Lo que hemos expuesto más arriba pone claramente en evidencia los períodos de aumentacion de la enfermedad y de su estado adulto; respecto á la declinacion, es fácil de inferir de lo que se ha dicho, que este período empezó en la época del terremoto.

Por lo demás, en el intervalo de tiempo que María Rosa permaneció en Roma, ó áun despues de su milagrosa curacion, puedense ver todavía restos subsistentes de la enfermedad. Elena Mariani lo testifica: «A su regreso al país, quedó un poco flaca.» José Maucini, que no la vió inmediatamente despues de su regreso, sino «casi inmediatamente en perfecta salud.» Pero ¿por qué ir más lejos? Laura de Luca nos dice que María Rosa, durante el estío, fué atacada por algunos accesos de fiebre periódica; y sabemos por Francisca de Luca y otros, que aunque se casó más adelante, murió al cabo de poco tiempo. Estando así las cosas, la curacion de María Rosa, si no me engaño, en vez de ser un milagro es obra de la naturaleza, secundada quizá hasta cierto punto por la intercesion del venerable Siervo de Dios.

§ 2.—Contestacion á las objeciones del promotor de la fe, contra el primer milagro.

1. Se hacen dos objeciones al milagro propuesto. Se saca la primera de la brevedad de la dolencia, conclu-

yéndose de aqui que faltó tiempo para constituirse la tisis confirmada, á consecuencia de la vómica cuya formacion se acepta. Se encuentra la segunda en la marcha natural de la vómica, mostrando que sucedió la curacion cuando la enfermedad llegó á su último período, y cuando despues de la ruptura de la vómica, debian evacuarse naturalmente los humores. De eso ha querido inferirse que la enfermedad no era tan grave como se la ha presentado, y que desapareció en el momento en que habia de acabar naturalmente: una y otra de estas hipótesis vienen á negar el milagro.

2. En cuanto al cómputo del tiempo, lo refutarémos fácilmente más adelante, y entre tanto, puesto que toda la argumentacion de nuestro contradictor no descansa sino en la hipótesis de la existencia de una vómica, importa destruirla primero para proceder luego más expeditivamente. Conforme el parecer más comun, toma el término de vómica en el sentido de un abceso grande y único del pulmon, de coleccion de pus enteramente encerrado y que, tras un espacio de tiempo más ó menos largo, debe romperse. Ahora bien, esta definicion de la vómica excluye su existencia en el caso de María Rosa; tanto si se considera la formacion, como el fin del abceso.

3. El solo buen sentido basta para comprender que no puede reunirse gran cantidad de pus, si éste se evacua á menudo y con abundancia, puesto que si es evacuado no puede ser coleccionado. Así es una señal patognómica de vómica el defecto de excrecion purulenta. Bursar escribe (1): *Si el pus formado en consecuencia (de la supuracion) no es excretado á medida que se forma, sino que se reúne en el seno de los pulmones en un espacio determinado, como en un quisto, este abceso se llama vómica.* Y Swieten dice de la vómica, ya formada (2): *Se ha establecido ya en el pulmon una vómica llena de pus que con su masa comprime todas las partes vecinas, y lo hace hasta el punto de que las paredes de los vesiculos pulmonares comprimidas unas contra otras se irritan continuamente: de ahí nace una tos obstinada, pero seca, porque NADA PUEDE SER QUITADO DEL LUGAR AFECTADO. En efecto, aunque esta tos continua pueda rasar algo del moco que lubrica la superficie interna del pulmon, se la debe llamar seca porque no arrastra sino espusos poco abundantes, CON PENA, pues hasta entonces nada se lleva del*

(1) Instit. med. pract. De Vomica, § 142.

(2) Ad Boerhaac, afor. 834.

pus que comprime el pulmón. No negarémos, sin embargo, que los enfermos atacados de vómica, puedan á veces excretar pus, pero observarémos que este caso es rarísimo, que los esputos nunca son abundantes, y no aparecen tales sino hasta el fin de la *enfermedad*, cuando la vómica, pronta ya á romperse, empieza á traspasar pus. Para autorizar esta opinión tenemos á Sauvage, que describe así los síntomas de la vómica (1): *El enfermo languidece, lose, no está retenido en cama, percibe un dolor indefinido en el pecho, sobre todo cuando hace esfuerzos en una tos violenta, y á veces hácia el fin, expectora un poco de pus fétrico, sin fiebre, ó con fiebre moderada.* No nos detendrémos en probar que estos síntomas nada tienen de comun con nuestro caso; pero respecto á la excrecion del pus, insistimos acerca estas palabras: *á veces, hácia el fin, un poco de pus*; de donde concluimos que la expectoracion purulenta debe faltar del todo en una vómica en vias de formacion, y puede aparecer apenas en la aproximacion de la ruptura.

4. Las cosas se pasaron muy de otra manera en María Rosa. Enfermó á principios de marzo atacada de sarampion, cuyo virus repercutido sobre los pulmones produjo en ellos por su acritud una peripneumonia. Este accidente mórbido no se resolvió y trocóse, en el mismo mes de marzo, como lo afirma el médico, «en supuracion acompañada de sus caractéres conocidos: voz ronca, tos, EVACUACION DE PUS POR ARRIBA;... todos estos síntomas á partir de principios de abril crecieron de dia en dia.» Y lo que habia afirmado en su certificacion extrajudicial poco despues de la curacion, lo ha declarado en la informacion, diciendo: «Los humores (de la viruela) no expurgados en la época acostumbra da buscaron un lugar, y, estancados en la cavidad del tórax, lesionaron los pulmones, de donde procedió la inflamacion y el ataque de pecho. No habiéndose resuelto en los dias criticos la inflamacion así hecha, pasó á la supuracion, y ésta se reveló por la fiebre supuratoria, una tos más húmeda, esputos purulentos, etc.» á hora bien, si estos esputos siguieron á la inflamacion, si una vez producidos aumentaron siempre de dia en dia, ciertamente no pudo formarse coleccion de pus para constituir una vómica. Y si esto es necesario al cálculo de nuestro contradictor, quien ha hecho retroceder la ruptura de la vómica por lo menos

(1) *Nosol. metod. clas. V, § 7, n.º 6.*

hasta el 9 de abril, la imposibilidad de una vómica salta á la vista.

5. Pero lo que el carácter y la formacion de la vómica enseñan completamente, la terminacion de la enfermedad lo muestra aún con mayor evidencia. Sauvage (1) enseña que la vómica engendrada en los pulmones progresa *hasta que, despues de la ruptura final de la bolsa, se expectora ó evacua por arriba pus en abundancia, y entonces se produce una tisis llamada por vómica, ó se difunde en la cavidad del pecho, formando empiema; ó, saliendo en los intervalos por tos lados, se abre una via al exterior; ó, en fin, el pus invadiendo bruscamente el interior de los pulmones los obstruye con su viscosidad y mata súbitamente al enfermo.* La vómica puede, pues, tener cuatro terminaciones naturales, á saber: 1.º grande abundancia de pus y de sangre arrojada de una sola vez por la boca; digo grande, porque el autor citado ha dicho *pus abundante*, y luego, explicándose más claramente, añade: *los hay que súbitamente expectoran de un golpe hasta muchas libras de pus y de sangre, y entonces se vuelven tísicos.* 2.º Puede suceder que esta nociva abundancia de pus derramándose en la cavidad del pecho constituya el empiema; 3.º que se junte entre las costillas en un tumor que se abre al exterior; 4.º en fin, que por compresion de pulmones mate súbitamente al enfermo (2). *Una vez abierta la vómica*, dice Bursler, *los enfermos mueren súbitamente sofocados, cuando el pus abundante invade repentinamente y obstruye los vasos aéreos del pulmón.*

6. ¿Cuál de estos fenómenos se advirtió en nuestra enferma? Ciertamente que no el vómito abundante de pus y de sangre, puesto que el médico y todos los testigos sólo hablan de esputos. Tampoco el empiema, toda vez que los síntomas enunciados en el Sumario no lo demuestran; y además, nosotros mismos no lo excluimos menos que nuestro contradictor, quien de la hipótesis del empiema llega hasta á sacar un argumento para invalidar el raciocinio del médico. No es el tumor intercostal que, abierto al exterior, hubiera debido dar abundante sanie, pues no se encuentra una palabra siquiera de este fenómeno, que es de sí muy evidente y que dura bastante tiempo. Finalmente, tampoco es la sofocacion, puesto que la jóven vivió aún muchos años. De consiguiente, no

(1) *Loc. cit. p. 118.*

(2) *De comica, § 146.*

se produjo resolución alguna de la enfermedad, y no hubo en ello ciertamente accion sobrenatural, puesto que la enfermedad de la jóven persistió aún dos meses. Forzoso es, pues, escoger entre estos dos extremos: ó negar la curacion, ó rechazar la hipótesis de la vómica. Lo primero repugna á los hechos aceptados hasta por nuestro adversario: que pretenda ó no que la enferma curó naturalmente, por lo menos reconoce su curacion. No queda ya otro medio que admitir lo segundo, y esto es tanto menos difícil para todo hombre ilustrado, cuanto el término, no menos que el origen de la vómica, están directamente en oposicion con la historia de la enfermedad y los síntomas que constan en el Sumario.

7. Excluida la vómica, todas las objeciones sacadas de una purgacion natural de la misma quedan desde luego desvanecidas, y con ellas se desvanecen tambien las consideraciones que atribuyen á las fuerzas naturales una curacion obtenida en el período de la pretendida crisis evacuativa. Pero dirá tal vez algúien: El médico quiere «que á la inflamacion suceda la ulceracion del pulmon ó vómica... La sangre contaminada, estancándose en la cavidad del tórax causó una vómica en los pulmones... Tuvo lugar una estancacion en los pulmones; formáronse tubérculos, y éstos reunidos causaron la vómica.» Y no solamente lo afirma el médico, sino que además leemos tambien en la informacion: «La acritud, pues, que á consecuencia de la repercion del virus morbozo habia causado la peripneumonia, no habiendo sido rechazada ó expulsada, atacó el parénquima de los pulmones; y desprendiendo ó disolviendo su tejido orgánico, convirtió estas partes en pus, engendrando el absceso ó vómica, que produjo á su vez la tisis de que aquí se trata, nacida de la vómica: de consiguiente, el médico y el postulado de la causa concuerdan en afirmar que la tisis en cuestion tuvo por origen una vómica.»

8. Esta objecion, sin embargo, no tiene peso alguno. Efectivamente, de los síntomas que constan en el Sumario, y no del parecer de cada cual, se ha de juzgar la naturaleza de la enfermedad. Si el médico yerra en su juicio, si nosotros mismos erramos con él, ni él ni nosotros podemos cambiar el hecho y atribuir á la paciente una enfermedad que verdaderamente no sufrió. Además, en el libelado del título ó calificacion del milagro, no se hace mencion alguna de vómica y sólo se ha pro-

puesto inscribir en él (*tisis pulmonar confirmada*). Si la tisis, pues, está regularmente demostrada, si hay concurso de todos los síntomas que la establecen fuera de toda duda, esta discusion acerca la vómica nada quita á la certeza de la enfermedad, y aun deberá juzgárela naturalmente una digresion. Con todo, para que no parezca queremos declinar la objecion, haremos notar que la cuestion más reside en la significacion verdadera de la palabra vómica que en la cosa misma.

9. Aunque el sentido dado á la palabra vómica por nuestro contradictor sea comunmente recibido, no es bastante fijo é inmutable entre los médicos para que esta misma palabra no pueda recibir tambien una significacion más lata. La vómica es para Linneo una *evacuacion imprevista, abundante y purulenta del pulmon*. Para Vogel (1) es una *dejecion, por la tos, súbita y abundante, de pus y de sangre negra, fuera del pulmon*. Para otros es un absceso del pulmon limitado por una membrana ambiente. Jamesi admite esta definicion, y tratando de la vómica, escribe: *Este absceso está propriamente contenido en un quisto ó una membrana* (2). Otros, al propio tiempo que admiten que lo más frecuente es que la vómica se contiene en un quisto, no reconocen, sin embargo, la necesidad de éste. Así Sauvage dice (3): «La vómica es un absceso conteniendo una materia puriforme ó sebácea, ó pullácea, comunmente envuelta en una túnica.» Otros, dejando enteramente á parte el envoltorio, llaman á la vómica una coleccion de materia purulenta reunida libremente de todas partes. Así Castelli dice (4): *La vómica es lo mismo que una apostema supurada, un absceso con supuracion*. José Franck escribe tambien (5): *Los abscesos de los pulmones que siguen á la peripneumonia constituyen la tisis por vómica*. Y como tales abscesos pueden ser más grandes ó más pequeños, no faltan autores que han dado á los tubérculos del pulmon el nombre de vómica, como Van Swieten, que los llama *pequeñas vómicas* (6). A este propósito Sauvage escribe de la vómica (7): *Esta enfermedad se la confunde á veces en la practica con la tisis*.

(1) Uno y otro en Cullen: *Apparat. ad nosol. method.*

(2) *Dis. uris. de med. Art. Vomica.*

(3) *Nosol. method. clas. V. ord. II, § 7, num. 1.*

(4) *Lea. med. en la palabra Vomica.*

(5) *Trait. de med. prat. univ.*, t. II, part. 2, *De la phthisie pulm.*, § 5.

(6) *At Boerk. adu.*, 128.

(7) *Nosol. method.*, clas. IX, § 24, núm. 3.

10. En la presencia de tanta variedad de acepciones, ¿quién se atreverá á reprocharnos el haber tomado la palabra *vómica* en su sentido más lato, y de haber expresado con ella la ulceración de los pulmones, cualquiera que fuese? Nosotros permanecemos fieles, con la información, á los mismos aforismos que nos son hoy objetado como admitidos por Hipócrates, quien en ninguna parte distingue la *vómica* de otra cualquiera supuración de los pulmones y les da á todas los nombres de *empiema*, *empji*, *empyesses*, los cuales, formados de la partícula *en, in*, en ó mejor con, y de *pyon*, pus, tienen todos el valor comun de coleccion de pus. Esta observación la habia hecho ya Van Swieten, quien escribia (1): *Es cierto que la palabra empiema se empleó en otro tiempo en un sentido más lato, y designó una supuración cualquiera de las partes interiores, como pudiera demostrarse por varios pasajes de Hipócrates, Galeno y Areteo; y los pasajes de Hipócrates de que aquí se trata lo demuestran por sí mismos, pues allí donde nuestro contradictor traduce: «Por estos se pasa á la supuración.» Hipócrates emplea la palabra empiema, y donde escribe: «Aquellos que por plenuresia se vuelven supurados.» Hipócrates dice empiemáticos; y finalmente donde dice: «Muchas vómicas se abren (2).» Hipócrates se sirve de la palabra empiemas. Si, pues, hasta los términos de Hipócrates parecían autorizar la significación más lata de la palabra, y los autores más reputados no lo repugnan; si convenia perfectamente al enunciado del milagro, á la tisis pulmonar, seria harto severo, por no decir muy caviloso, aquel que obstrinándose en tomar la palabra *vómica* en el sentido estricto de nuestro contradictor, nos la objetase como si la hubiésemos empleado en el mismo sentido. Sea lo que fuere, no obstante, lo que os plazca retener acerca este punto, lo de que nosotros queremos tomar acta es que rechazamos enteramente la *vómica* tomada en su sentido estrecho, como evidentemente excluido de nuestro caso, porque todos los sintomas que poseemos de la enfermedad se oponen directamente á su formación y á su resolución.*

11. Pero si todo se opone á la *vómica*, todo al contrario acusa la tisis pulmonar grave y rápida. Nadie negará que las causas morrificas obren sobre los enfermos con

(1) Inform. § 6, s.
(2) *Ad Boerh*, aph. 1, 189.

tanta mayor violencia y rapidez cuanto los alcanzan más debilitados por enfermedades simpáticas, ó que por sí mismas son más activas. La tisis sigue tambien esta ley: aunque sea en sí misma una enfermedad lenta, obra más violenta ó suavemente segun la diversidad de circunstancias. Burser escribe: *Segun la marcha más rápida ó más lenta con que sigue su curso la tisis, es esta aguda ó crónica; pues hay tísicos que mueren en brevísimo tiempo, y otros, por el contrario, que arrastran la vida mucho más tiempo de lo que se hubiera esperado.* Y como de ahí sucede que el pulmon es destruido más pronto en unos y más lentamente en otros, los modernos caracterizan la tisis aguda con el nombre de *phthoridica* ó *corruptora*.

12. La edad, el temperamento, los afectos y las causas anteriores, todo demuestra que María Rosa estaba predispuesta á la tisis, y que una vez atacada de este mal, debió padecer la tisis *phthoridica*. Entre las enfermedades particulares á los jóvenes, Hipócrates cuenta la tisis cuando escribe (1), *en los jóvenes los espantos de sangre, la tisis*, porque, como observa Hoffmann (2), *á esta edad los vasos son mucho más tenues y predispuestos que en las personas más avanzadas en años, á romperse cuando son dilatados.* A lo que puede añadirse con Sennert (3): *A esta edad la sangre superabunda, fluidificada por el calor, y los humores acres se acumulan, de donde viene que esta sangre superabundante y caliente rompe sus vasos, y que los humores acres bajando de la cabeza á los pulmones pueden destruirlos.* Así los jóvenes están sujetos más que los demás á la tisis: 1.º á causa de la tenuidad de los vasos propios de esta edad; 2.º á causa de la abundancia de la sangre; 3.º á causa de la acridad de los humores. La primera de estas condiciones se encuentra en María Rosa, puesto que *podía tener catorce ó quince años*; la segunda, porque era de temperamento *pletórico*, y la tercera por la acridad del sarampion reentrado. Encuétrase, pues, reunido en esta jóven todo lo que predispone á la tisis. Además, á estas condiciones se añadia una nueva causa mórbida, *pues sufría habitualmente de una asma de pecho, y toda asma tiende á la tisis*, y tiende tanto á ella que los médicos han encontrado que ella sola ha engendrado muchas ve-

(1) *At. 3, 29, 5 y 9.*

(2) *Med. system*, t. iv, part. 4, *De affectione phthisica*, § 11.

(3) *Med. pract. lib. 13, part. 2, cap. xii, De ulcere pulmon. et phthisi.*

ces la tisis (1), lo que tal vez consideraba Riviere cuando escribía (2): *Una pleuresía ó una peripneumonia sobrevénida en un asmático es mortal.* Esta afección mórbida, junto á la condicion natural de la edad y del temperamento, debió predisponer en tan alto grado á María Rosa á la tisis, que una vez producida esta enfermedad por una causa cualquiera, debió ejercer libre, eficaz y rápidamente toda su acción.

13. Y ciertamente no faltaron las causas y aún fueron poderosísimas. Nadie ignora, entre los hombres dedicados al arte de curar, que el virus exantemático reentrado ataca los pulmones y los ulcera por inflamacion. Así lo hacia notar Hoffmann (3): *Todos saben que la materia viscosa excrementicial propia de las alteraciones impuras de la piel, imprudentemente repercutidas por algunos tópicos, se dirige á la sustancia blanda y esponjosa de los pulmones, y acaba por formar en ellos una úlcera.* José Franck advirtió perfectamente que esta tisis metastática es por lo comun gravísima y muy violenta. *La tisis procedente de la curacion intempestiva de otras enfermedades, se denomina metastática... Reconocese que la enfermedad ataca los pulmones, por la tos, la dyspnea, etc. Si no se remedia prontamente y de una manera conveniente este mal, se verá aparecer en breve los síntomas de la tisis pulmonar confirmada... No hay esperanza de curacion sino al principio del mal... SU MARCHA PELIGROSÍSIMA ES BASTANTE RÁPIDA.*

14. Hubo, pues, una poderosísima causa de tisis en el virus morboso rechazado á los pulmones, causa tan eficaz que, aun fuera de cualquier otra acción, debía imprimir á la enfermedad una marcha violenta y rápida. Sin embargo, esta causa segunda no produjo inmediatamente la tisis; sólo excitó la inflamacion por la que debían ulcerarse los pulmones. Y esta inflamacion se manifestó por la respiracion difícil, tos dolorosa y seca, fiebre violenta del género de las fiebres inflamatorias, en una palabra, por los síntomas que designan la verdadera peripneumonia. Ahora bien, es generalmente admitido por todos aquellos que están siquiera medianamente versados en la medicina, que la tisis nace con frecuencia de la peripneumonia, dice Mangel, y añade: *ESTA TISIS ES SIEMPRE HASTA CIERTO PUNTO AGUDA, como nacida de una enfermedad ante-*

(1) Mangelus, Bibl. Med. pract. De phthisi asthmatica.
 (2) Praef. med. lib. VII, cap. I. De asthmate.
 (3) Med. syst. t. V, p. 117, 1. De affect. phthisi.

rior aguda, por la cual no sólo las fuerzas quedaron grandemente debilitadas, sino que además á causa de la misma hasta la masa de la sangre quedó en un estado colicativo; así puede suceder con mucha frecuencia que se forme una coleccion notable de pus en los pulmones (1).

15. De consiguiente, la causa próxima de la enfermedad constituida por la inflamacion es de tal naturaleza que, considerada aun á parte, impulsa con mucha viveza y fuerza á la tisis. Añádase á esta causa próxima la más remota del humor acre y repercutivo al pulmon de la erupcion morbosa reentrada. Considérese una y otra causa en medio de las condiciones, tanto de edad y de temperamento predisponiendo á la tisis, como de aptitud á esta enfermedad causada por el asma habitual, y uno se ve obligado á considerar como enteramente inevitable la existencia en este caso de una tisis, y de esa tisis que no encontrando obstáculo alguno, antes bien hallándolo todo predispuesto y fácil, debe marchar con rapidez, aumentar y precipitarse hácia su fin.

16. Se nos dirá tal vez: «Sea; todo esto muestra la probabilidad y aun, si quereis, la necesidad de la existencia de una tisis aguda en María Rosa, pero nada prueba todavía la existencia misma de esta enfermedad, que únicamente los síntomas pueden establecer.» No disconvenimos en esto; pero en nuestra Informacion hemos comparado con la mayor exactitud todos los síntomas de la enfermedad de María Rosa, que cada uno de ellos en particular, con todos los síntomas enunciados por los relatores del primer juicio como indicios ciertos é indudables de una tisis pulmonar confirmada, y hemos demostrado, por medio de esta comparacion, que la enfermedad de nuestra jóven era una verdadera tisis pulmonar confirmada. Referir aquí todo lo que se dijo entonces, sería fatigar con una repeticion enteramente inútil los oídos de los venerables Padres. Greemos que nos bastará ahora demostrarles la existencia de la tisis, existencia probada por los relatos precedentes, y confirmada por razones que hemos dado no há mucho, y que prueba que, en el caso en cuestion, la tisis fué consecuencia necesaria de la marcha de la enfermedad, y que, por consiguiente, es preciso rechazar absolutamente toda especie de sospecha de otra enfermedad.

(1) Biblot. med. pract. De la phthisie née de la peripneumonie et de la pleuresie.

17. Con todo, á fin de poner á la vista aquí de nuevo, reunidas como en un solo haz, todas las razones expresadas en la Información, transcribiremos ese pasaje tan elegante de Bursar, quien parece haber trazado el cuadro de la enfermedad de María Rosa. En seguida compararemos con este cuadro el relato mismo de la enfermedad hecho en pocas palabras por el médico, y será entonces facilísimo decidir acerca su verdadera naturaleza. Hé aquí las palabras de Bursar (1): «De todas las enfermedades que suceden sobre todo al virus morbozo, la más frecuente es la peripneumonia, que sobreviniendo de repente al resacamiento de los botones, conduce á los enfermos á gravísimo peligro de perder la vida, y con frecuencia les causa la muerte. A veces no habiendo llegado á resolución la peripneumonia, se termina por la supuración. Entonces los enfermos tosen continuamente y miran la noche con horror; por la mañana experimentan abundante transpiración que los debilita. Sus expectoraciones son purulentas. Si á los esputos purulentos se añade la voz ronca, el enflaquecimiento y una especie de fiebre ligera continua y lenta, entonces no cabe duda que es la tisis pulmonar.» Veamos ahora la historia de la enfermedad tal como nos la da el médico llamado á curar la enferma. «María Rosa, dice, desde principios de marzo fué atacada de sarampión epidémico y de mal augurio. De ninguna manera se obtuvo la curación, al contrario sobrevino... una retrocesion hácia los pulmones... Entonces apareció una séria peripneumonia, acompañada de síntomas gravísimos... La exuberancia de la acritud del virus morbozo en los pulmones, junto á la extrema debilidad de estos últimos, hicieron que esta segunda enfermedad no tuviese una resolución feliz y completa. Degeneró en vómica... Esta afección presentó sus signos particulares y característicos, á saber: la voz ronca, la tos, la expectoración purulenta, la fiebre hética, una respiración mucho más difícil que de costumbre: el enflaquecimiento, los sudores nocturnos, una diarrea líquida. Todos estos síntomas, á partir de principios de abril, fueron siempre en aumento.»

24. No se parece más un huevo á otro huevo. Uno se siente tentado á creer que Bursar fué llamado á la cabecera de nuestra enferma, que observó con el mayor cui-

(1) *Instit. med. pract., De morbis exanthematicis fibrillibus*, cap 8, § 146.

dado el principio, las variaciones, el progreso y los síntomas de las enfermedades que sufrió, y cuyo cuadro en seguida pintó en su obra. Pero si este célebre autor, despues de haber hecho la historia de esta enfermedad y de pasar en revista cada uno de sus síntomas, termina con estas palabras: «No es permitido dudar de la existencia de una tisis pulmonar;» os pregunto: ¿Puede un hombre ilustrado dudar que á fines de marzo se declaró una verdadera tisis pulmonar en nuestra enferma?

25. Ahora que hemos demostrado la verdadera naturaleza de la enfermedad en cuestion, lo mismo que la necesidad de su existencia; que hemos excluido la hipótesis de la vómica, volvamos á las dificultades de nuestro adversario, á las que debíamos oponer primero lo que acabamos de referir. Como hemos dicho, pretende que la enfermedad en cuestion fué una verdadera vómica; y cita algunos aforismos de Hipócrates respecto á la marcha de la misma, y deduce de ellos que la curación tuvo lugar en la época en que la vómica debia naturalmente vaciarse; de lo que concluye, en último lugar, que no hubo el tiempo necesario para que la enfermedad pudiese de vómica llegar á tisis pulmonar, y que no hay que atribuir á milagro una curación obrada por las solas fuerzas de la naturaleza.

26. Todo este razonamiento procede de un error en la manera de contar, error que cometimos nosotros mismos antes que nuestro adversario; lo confesamos con toda ingenuidad. Hipócrates enseña: 1.º que á consecuencia de una pleuresia, aquellos que en el espacio de catorce dias, á partir del principio de la enfermedad, no han sido curados por la expectoración ó por los esputos, paran en el estado de supuración interna; 2.º que esta supuración engendra la tisis cuando no es evacuada en el espacio de cuarenta dias á contar desde la época de la ruptura; 3.º que esta ruptura de la supuracion se verifica comunmente el vigésimo, á veces el trigésimo ó cuadragésimo y aun el sexagésimo dia. Ahora bien, nosotros tomamos esos lapsos de tiempo, no en el sentido de períodos pudiendo alcanzar otro período y concurrir con él, sino de períodos perfectamente distintos unos de otros, ó de períodos sucediéndose unos á otros.

Nuestro adversario ha incurrido en la misma falta: ha hecho una adición semejante, y partiendo del principio de la enfermedad, que tuvo lugar en los primeros dias de

marzo, acordando quince días para la marcha de los morbillones, añadiendo á estos quince días los catorce de la pleuresía ó de la peripneumonía, adicionando á todo esto los veinte días necesarios para la formación y ruptura de la supuración ó de la vómica, llega de esta suerte al 20 de abril próximamente. A partir de la ruptura, que según él tuvo lugar en esta época, cuenta aún cuarenta días, durante los cuales la repurgación ó la evacuación pudo verificarse de una manera natural, y sólo después de transcurridos estos cuarenta días encuentra lugar para la tisis. Y porque la curación se realizó el 23 de mayo en el intervalo de los cuarenta días necesarios para la evacuación natural, concluye que no pudo existir la tisis por falta de tiempo, y que la curación no excede las fuerzas de la naturaleza, toda vez que sobrevino en la época de la evacuación natural.

27. Todo este razonamiento, fundado en un cálculo erróneo, caerá fácilmente por su base desde el momento que se corrija y rectifique el cálculo. Empecemos por el período de los morbillones. María Rosa empezó á padecer sarampión desde principios de marzo. Nuestro adversario asigna quince días á la duración de esta enfermedad; pero los médicos se la señalan más corta. Dicha enfermedad tiene tres períodos, á saber: el de la erupción, el de la eflorescencia y el del resacamiento. Véase como se expresa acerca este punto Juan Pedro Franck (1): «El período de la erupción sólo cuenta algunas horas ó el espacio de una noche; las pústulas de los morbillones permanecen dos ó tres días próximamente en el estado de eflorescencia... Hacia el noveno ó oncenno día, si la enfermedad es más grave, aún no se percibe vestigio alguno de los morbillones en la piel: así la duración de la enfermedad no excede el noveno, y todo lo más el oncenno día. Pero, en nuestro caso, la enfermedad no recorrió su período, ni siquiera llegó á su fin (la crisis feliz), puesto que fué repetida. *La crisis perfecta de los morbillones, dice el médico, de ningún modo tuvo lugar, y más bien se presentó una metastasis (2) contemporánea, ó un ataque en los pulmones.* Y esta metastasis la colocamos necesariamente en la eflorescencia de las pústulas. Como esta eflorescencia toma dos ó tres días poco más ó menos, no podemos relegar la

(1) De la guérison des maladies de l'homme, art. Morbillons, etas. III, § 336.

(2) Metamorfosis de enfermedad.

metastasis más allá del 1 de marzo. En este día, pues, fijamos el principio de la pleuresía ó de la peripneumonía, pues estas dos afecciones se confunden con frecuencia recíprocamente (1).

28. Hipócrates nos traza en los siguientes términos el pronóstico de esta enfermedad: «Cuando los pleuréticos no son purgados por arriba en catorce días, se opera en ellos una transición á la supuración.» Así, pues, aquellos que no son curados en este intervalo pasan al estado de supuración. Ahora bien, la purgación supone una materia que debe ser evacuada. Es preciso, pues, que durante estos mismos días pueda haberse formado el pus de que debe purgarse el enfermo. Es preciso, de consiguiente, volver el principio de la supuración, no al fin de la tisis, sino más bien á su comienzo. Gorter, que sabiamente ilustró los aforismos de Hipócrates con impecaderos comentarios, dice en este lugar (2): «Para que la pleuresía haya pasado en purulencia (cúmulo de pus)... es señal suficiente el que la inflamación haya durado catorce días... Por esta razón si las señales de una pleuresía inflamatoria se han prolongado durante quince días, estamos seguros de que se ha formado pus.» Dice formado: de consiguiente el pus no se ha de formar aún. El período de la supuración empieza en el de la pleuresía; pero ¿cuándo? se prepara en el principio mismo de la enfermedad. Boerhaave enseña que «*La peripneumonía pasa á otra enfermedad dependiente de la naturaleza de la inflamación... Así se transforma primero en supuración...*» Queda demostrado que es así: 1.º etc.; 2.º si la curación ó las señales de curación no aparecen en brevisimo intervalo, esto es, antes del cuarto día.» En seguida añade: «Las señales que han precedido declaran que esto ha tenido ya lugar. Van Swieten añade: «Sabemos que se declara un abceso purulento en los pulmones cuando vemos primero las señales de que hemos hablado en los dos párrafos precedentes.» Esto ha hecho decir á Hipócrates: «Es preciso considerar

(1) Franck, citado anteriormente, junta una y otra en la clase 2 en el artículo de las inflamaciones. «El examen de algunos centenares de cadáveres, dice, nos ha enseñado lo que autorizados escritores italianos ya advertido, que entre los que murieron á consecuencia de pleuresía ó de peripneumonía acompañada de otras afecciones, pocos hay en quienes el asiento de la inflamación no se haya encontrado en la pleura misma. En casi todos, los pulmones se inflamaron á consecuencia de peripneumonía.»

(2) Medic. Hippocrat. lib. V, afor. 8, num. 3.